

tián—dijo Antonio al supernumerario un cuarto de hora después de ocurrida esta escena.

—¿Pues quién ha llegado?—preguntó el pobre muchacho palideciendo.

—El señor Dutocq—respondió el ujier Lorenzo.

Las naturalezas vírgenes tienen más que ninguna otra un inexplicable don de segunda vista, cuya causa estriba tal vez en la pureza de su aparato nervioso, nuevo en cierto modo. Sebastián había adivinado, pues, el odio de Dutocq contra su venerado Rabourdin. Así es que apenas había pronunciado Lorenzo este nombre, cuando, movido por horrible pensamiento, exclamó:

—Me lo sospechaba.

Y se lanzó al corredor con la rapidez de una flecha.

—Habrá gresca en las oficinas—dijo Antonio meneando su canosa cabeza al mismo tiempo que se ponía el uniforme. —Bien se ve que el señor barón va á saldar su cuenta con Dios. Sí, la señora Gruget, su enfermera, me ha dicho que no pasaría de hoy. ¡Qué movimiento va á haber aquí! ¡Hola! vosotros, ir á ver si están bien las estufas, que no tardará en venir la gente.

—La verdad es—dijo Lorenzo—que ese muchacho parece haber tenido un gran disgusto al saber que este jesuita Dutocq se le había anticipado.

—En vano le sermoneo yo, porque, como buen empleado, quiero decirle la verdad, y ese muchacho es lo que se llama un buen empleado, pues no deja nunca de dar sus diez francos por año nuevo—repuso Antonio.—Yo le digo: «Cuanto más haga usted más le pedirán, y le dejarán al fin sin ascenso». Pero él no me hace caso. Se mata quedándose ahí hasta las cinco, una hora más que los demás (se encoge de hombros). ¡Tonterías! no se logra nada de ese modo... La prueba es que aun no ha llegado la hora de darle sueldo á ese pobre muchacho, que sería un buen empleado. ¡Y después de dos años! La verdad es que esto indigna.

—Pues el señor Rabourdin le quiere mucho—dijo Lorenzo.

—Sí, pero el señor Rabourdin no es ministro—repuso Antonio—y tardará en serlo tanto como las gallinas en tener dientes... Es demasiado... Pero, en fin, callemos. Cuando yo pienso que llevo la nómina á firmar de algunos farsantes que se están en sus casas y hacen en ellas lo que quieren, mien-

tras que este pequeño La Roché se mata trabajando, me pregunto si Dios estará en estas oficinas. ¿Y qué es lo que le dan á uno esos protegidos del mariscal y del señor duque? Las gracias (hace un signo protector con la cabeza). «Gracias, mi querido Antonio». ¡Hato de holgazanes! trabajad, ó seréis causa de una revolución. Quisiera yo ver si había semejantes tipos en tiempo de Roberto Lindet, porque yo, tal como me veis aquí, entré en esta casa cuando Roberto Lindet, y en sus tiempos el empleado trabajaba. Había que ver á todos aquellos cagatintas hasta las doce con las estufas apagadas y sin notarlo siquiera; bien es verdad que también la guillotina estaba allí. No es por hablar, pero les imponían severos castigos cuando llegaban tarde.

—Tío Antonio—dijo Gabriel,—puesto que está usted hablador esta mañana, díganos qué idea se ha formado usted del empleado.

—El empleado es un hombre sentado ante una mesa. Pero ¿qué estoy diciendo? Sin los empleados, ¿qué seríamos nosotros? ¡Hola! ir á ver como van las estufas y no habléis nunca mal de los empleados. Gabriel, la estufa del despacho grande tira como un demonio y hay que darle media vuelta á la llave.

Antonio se colocó en el descansillo en un lugar desde donde podía ver desembocar á los empleados por debajo de la puerta cochera. Conocía á todos los del ministerio y los observaba en su manera de andar fijándose en las diferencias que ofrecían sus trajes. Antes de entrar en el drama, es necesario pintar aquí la silueta de los principales actores de la división la Billardière, los cuales nos procurarán algunas variedades del género empleado y justificarán no sólo las observaciones de Rabourdin, sino también el título de este estudio, esencialmente parisiense. En efecto, fijaos bien. En el relato de las miserias y de la originalidad, hay empleados y empleados. Distinguid siempre al empleado de París del empleado de provincias. En provincias el empleado es feliz, tiene buena casa con jardín y buen despacho, bebe buen vino y barato, no come carne de caballo y conoce el lujo de los postres. En lugar de crearse deudas, hace economías. Sin saber precisamente lo que come, todo el mundo os dirá que *no se come el sueldo*. Si es soltero, las madres de familia le saludan al pasar, y si es casado, su mujer y él van al baile á casa del administrador, del prefecto y del subprefecto. Se

ocupan de su carácter, se crea una reputación de hombre de ingenio, todo el pueblo le conoce, hasta el punto de interesarse por su mujer y sus hijos; puede dar reuniones, y si tiene medios ó un suegro en buena posición, puede llegar á ser diputado. Su mujer es vigilada por el meticoloso espionaje de los pueblos pequeños, y si es desgraciado en su vida privada, lo sabe, mientras que en París un empleado puede no saber nada. En fin, el empleado de provincias es *algo*, mientras que el empleado de París apenas es *alguien*.

El primero que llegó después de Sebastián era un redactor de las oficinas del despacho de Rabourdin, honrado padre de familia llamado señor Phellion y que debía á la protección de su jefe una media pensión en el colegio de Enrique IV para cada uno de sus hijos, favor muy justo, pues Phellion tenía, además, una hija educada gratis en un colegio, donde su mujer daba lecciones de piano y donde él daba una clase de Geografía é Historia durante la noche. Hombre de cuarenta y cinco años, sargento mayor de su compañía en la guardia nacional, muy compasivo de palabra, pero sin posición para poder dar un céntimo, el oficial redactor vivía en la calle del Faubourg Saint-Jacques, no lejos de los *Sordo-Mudos*, en una casa con jardín que sólo le costaba cuatrocientos francos. Orgulloso de su destino, feliz con su suerte, se aplicaba en servir al gobierno, se creía útil á su país y se alababa de su indiferencia en política, en la que no veía nunca más que el poder. El señor Rabourdin causaba un verdadero placer á Phellion cada vez que le rogaba que se quedase media hora más para acabar algún trabajo, pues entonces él podía decirles á las señoritas de La Grave (ya que Phellion comía en Notre-Dame-des-Champs, en el colegio donde su mujer enseñaba música): «Señorita, los negocios han exigido que me quedase en la oficina. Cuando se está al servicio del gobierno, uno no es dueño de sí mismo». Había compuesto libros por preguntas y respuestas, al uso de los colegios de señoritas. Estos pequeños *tratados substanciales*, como él los llamaba, se vendían en casa del librero de la Universidad con el nombre de *Catecismo histórico y geográfico*. Creyéndose obligado á ofrecer á la señora Rabourdin un ejemplar en papel vitela magníficamente encuadernado de cada nuevo catecismo, se lo llevaba él mismo, vestido de punta en blanco: calzón de seda, medias de seda, zapatos con hebillas de oro, etc. El

señor Phellion recibía los jueves por la noche después de haberse acostado los colegiales, y daba cerveza y pasteles. Se jugaba á la berlanga, á real la postura. A pesar de ser ésta tan pequeña, algunos jueves el señor Laudigeois, empleado en la Alcaldía, llegaba á perder diez francos. Empapelado de verde con franjas rojas, su salón estaba adornado con retratos del rey, de la Delfina y de Madame, de dos grabados de Mazeppa, según Horacio Vernet, y de la del Convoy del pobre, según Vignerón, «cuadro sublime de pensamiento y que, según Phellion, debía consolar á las últimas clases de la sociedad, probándoles que tenían amigos más amigos que los hombres y que sus sentimientos llegaban más allá de la tumba». Por estas palabras, supongo que adivinaréis al hombre que llevaba todos los años, el día de Difuntos, al cementerio del Este á sus tres hijos, á los cuales les enseñaba los veinte metros de tierra comprados á perpetuidad, donde habían sido enterrados su padre y la madre de su mujer. «Aquí vendremos á parar todos» — les decía, para familiarizarlos con la idea de la muerte. Uno de sus mayores placeres consistía en explorar los alrededores de París, cuyo mapa iba haciendo. Conocedor ya á fondo de Antony, Arcueil, Bièvre, Fontenay-aux-Roses y Aulnay, tan célebre por ser mansión de algunos grandes escritores, esperaba con el tiempo conocer todos los alrededores de la parte Oeste de París. Pensaba dedicar á su hijo mayor á la administración y al segundo á la escuela politécnica. Al mayor le decía á veces: «Cuando tú tengas el honor de ser empleado del gobierno...», pero parecía entrever en él una cierta vocación por las ciencias exactas, que procuraba reprimir, reservándose la libertad de abandonarlo á sí mismo en el caso de que persistiese. Phellion no se había atrevido nunca á rogar al señor Rabourdin que le hiciese el honor de comer en su casa, aunque hubiese considerado el tal día como uno de los más hermosos de su vida. Decía que si pudiese dejar á algunos de sus hijos siguiendo las huellas de un Rabourdin, moriría siendo el padre más feliz del mundo. Sabía hacer de tal modo el elogio de este digno y respetable empleado á las señoritas de La Grave, que deseaban ver al gran Rabourdin como un joven puede desear ver al señor de Châteaubriand. «Nos consideraríamos felices —decían ellas— si nos tocase la dicha de educar á su hija». Cuando por casualidad entraba ó salía el coche del

ministro, Phellion se descubría respetuosamente aunque no hubiese nadie en él, y pretendía que la Francia iría mucho mejor si todo el mundo respetase tanto el poder para saludarlo hasta en sus insignias. Cuando Roubourdin le hacía bajar para explicarle algún trabajo, Phellion aguzaba su inteligencia y escuchaba las menores palabras del jefe como escucha un *dilettante* un aire en los Italianos. Silencioso en su despacho y sentado ante un pupitre con los pies en el aire y sin moverlos, estudiaba su trabajo concienzudamente. Se expresaba en su correspondencia administrativa con una gravedad religiosa, lo tomaba todo en serio y se apoyaba en las órdenes transmitidas por el ministro para intercalar frases solemnes. Este hombre, tan aferrado á las conveniencias, había tenido una derrota en su carrera de redactor, ¡y qué derrota! A pesar del extremado cuidado que ponía para hacer una minuta, en una ocasión dejó escapar una frase concebida en estos términos: *Irá usted á los lugares indicados con los papeles necesarios*. Felices al poder reír á costa de esta inocente criatura, los escribientes habían ido á consultar sin que él lo supiera á Roubourdin, el cual, pensando en el carácter de su redactor, no pudo menos de reír, y modificó la frase en el margen con estas palabras: *Se personará usted en el terreno con todas las piezas indicadas*. Phellion, á quien fueron á enseñar la corrección, la estudió, pesó la diferencia de las expresiones, no tuvo reparo en confesar que hubiese necesitado dos horas para encontrar aquellos equivalentes, y exclamó: «¡El señor Roubourdin es un genio!» Pensó que sus colegas habían obrado muy incorrectamente para con él recurriendo tan aprisa al jefe; pero le inspiraba demasiado respeto la jerarquía para no reconocer su derecho de recurrir á Roubourdin, tanto más, cuanto que él estaba ausente; sin embargo, él, en lugar de ellos, hubiera esperado, pues la circular no corría prisa. Este asunto le quitó el sueño durante algunas noches. Cuando querían hacerle enfadar, no tenían más que hacer alusión á la maldita frase, diciéndole al salir: «¿Tiene usted los papeles necesarios?» El digno redactor se volvía, lanzaba una mirada fulminante á los empleados y les respondía: «Lo que ustedes dicen me parece muy incorrecto, señores». Un día hubo una disputa tan fuerte por este motivo, que Roubourdin tuvo que intervenir y prohibió á los empleados que sacasen á relucir nunca más aquella frase. El señor Phellion tenía una cara

de cordero pensativo, algo pálida y picada por la viruela, grandes labios caídos, ojos de un azul claro y estatura un poco más alta que la regular. Limpio para con su persona como debe serlo un profesor de geografía y de historia obligado á presentarse ante señoritas, llevaba hermosa ropa blanca, chorrera con pliegues, chaleco abierto de casimir negro dejando ver tirantes bordados por su hija, un diamante en la camisa, levita negra y pantalón azul. En invierno llevaba un carrick con tres cuellos y un bastón con barra de plomo, necesario á causa de la *profunda soledad de algunos lugares de su barrio*. Había perdido el vicio de tomar rapé y citaba esta reforma como un ejemplo sorprendente del imperio que un hombre puede tener sobre sí mismo. Subía las escaleras lentamente porque temía al asma, y saludaba á Antonio con dignidad.

Inmediatamente después del señor Phellion, llegó un escribiente que formaba singular contraste con este buen hombre. Vimeux era un joven de veinticinco años con mil quinientos francos de sueldo, bien formado, tieso, de cara elegante y romántica, con cabellos, barba, ojos y cejas negros como el jaspe, hermosa dentadura, manos encantadoras y un bigote tan atusado y tan peinado, que parecía hacer alarde de él para venderlo. Vimeux tenía tan grandes aptitudes para su trabajo, que lo hacía más aprisa que nadie. «Este chico vale», decía Phellion al verle cruzarse de piernas sin saber en qué emplear el tiempo después de haber acabado su labor. Vimeux almorzaba con un sencillo panecillo y un vaso de agua, comía por un franco en Katcomb y tenía un cuarto alquilado para dormir por doce francos al mes. Su dicha, su único placer, era el atildarse, y se arruinaba comprando chalecos y pantalones de distintas clases, botas finas, levitas bien hechas que dibujaban su talle, guantes blancos y sombreros. Con la mano adornada de un anillo puesto por encima del guante y con un bonito bastón, procuraba afectar el aspecto, el talento y los modales de un joven rico. Además iba con un limpiadientes en la boca á pasearse por el gran paseo de las Tullerías, enteramente lo mismo que un millonario que se levanta de la mesa. Con la esperanza de que una mujer, una inglesa, una extranjera cualquiera ó una viuda pudiese enamorarse de él, estudiaba el arte de jugar con el bastón y de dirigir una mirada de aquel modo llamado por Bixiou *á la americana*.

Se reía para enseñar su hermosa dentadura, se mudaba con exceso los calcetines y se hacía rizar el pelo todos los días. Vimeux, en virtud de principios deliberados, se casaba con una jorobada por seis mil francos, con una mujer de cuarenta y cinco años con ocho mil, y con una inglesa con mil escudos. Maravillado por su letra y compadecido de este joven, Phellion le sermoneaba para persuadirle de que diera lecciones de caligrafía, honrosa profesión que podía mejorar su existencia y hacerla hasta agradable, llegando á prometerle el colegio de las señoritas La Grave; pero Vimeux estaba tan aferrado á su idea, que nadie hubiera impedido hacerle creer en su estrella. Continuaba, pues, acariciando su esperanza, á pesar de que exponía hacia ya tres años su enorme bigote. Empeñado en treinta francos á causa de sus almuerzos, cada vez que Vimeux pasaba por delante de Antonio bajaba los ojos para no encontrarse con su mirada, y, sin embargo, á eso del mediodía le rogaba que fuese á buscarle un panecillo. Después de haber intentado hacer entrar algunas ideas justas en aquella cabeza, Rabourdin acabó por renunciar á ello. El señor Vimeux padre, era escribano de un juzgado de paz en el departamento del Norte. Adolfo Vimeux había economizado últimamente las comidas de Katcomb y había vivido de panecillos para poder comprarse unas espuelas y un látigo. Habían llegado á llamarle el pichon-Villaume para burlarse de sus cálculos matrimoniales. Estas burlas dirigidas al Amadís sólo podían atribuirse al genio que creó el *vaudeville*, pues era buen compañero y no perjudicaba á nadie más que á sí mismo. La gran broma de las oficinas con respecto á él, consistía en apostar á que llevaba corsé. Colocado primero en las oficinas de Baudoyer, Vimeux había trabajado para pasar á las de Rabourdin, á causa de la severidad de Baudoyer con respecto á los *ingleses*, nombre dado por los empleados á sus acreedores. El día de los *ingleses* es el día que las oficinas son públicas. Seguros de encontrar allí á sus deudores, los acreedores afluyen y van á atormentarles preguntándoles cuándo les pagarán y amenazándoles con embargarles la paga. El implacable Baudoyer obligaba á sus empleados á quedarse. «Cuenta de ellos era el no adquirir deudas». Y consideraba casi su severidad como una cosa necesaria para el bien público. Rabourdin, por el contrario, protegía á sus empleados contra los acreedores,

á quienes echaba á la calle diciéndoles que las oficinas no estaban abiertas para los negocios privados, sino para los asuntos públicos. Se habían burlado mucho de Vimeux en las dos oficinas, una vez que él se decidió á ponerse las espuelas haciéndolas sonar por las escaleras y los corredores del ministerio. El burlón del ministerio, Bixiou, había hecho correr por las dos divisiones Clergeot y la Billardiére una hoja de papel en la cual iba pintada la caricatura de Vimeux montado en un caballo de cartón, con una invitación á que se subscribiesen para comprarle un caballo. El señor Baudoyer estaba subscripto por un quintal de heno tomado de su consumo particular, y cada empleado soltó un epigrama acerca de su vecino. Vimeux, dando pruebas de ser un buen muchacho, la subscribió él mismo en nombre de miss Farfán.

Los empleados guapos como Vimeux tienen su destino para vivir y su físico para hacer fortuna. Fieles á los bailes de máscaras en tiempo de carnaval, acuden á ellos en busca de aventuras felices, que tampoco logran algunas veces. Muchos acaban por casarse ya con modistas á quienes aceptan desesperanzados de lograr su sueño, ya con viejas, ó ya con jóvenes á las que su físico ha agradado y con las que han creado una novela esmaltada de cartas estúpidas, pero que han producido su efecto. Estos empleados son á veces atrevidos, ven pasar en coche á una mujer en los Campos Eliseos, averiguan su dirección, le dirigen epístolas apasionadas y encuentran una ocasión que, desgraciadamente, les alienta para esta innoble especulación.

Este Bixiou era un dibujante que lo mismo se burlaba de Dutocq que de Rabourdin, apodado por él la *virtuosa Rabourdin*. Para expresar la vulgaridad de su jefe, le llamaba el *destino Baudoyer* y el *vaudevillista Flon-Flon*. El hombre más ocurrente de las oficinas indudablemente, pero ocurrente á la manera del mono, sin alcance ni consecuencias, Bixiou era de tan gran utilidad á Baudoyer y á Godard, que éstos le protegían á pesar de su maldad. Bixiou deseaba la plaza de Godard ó de Bruel; pero su conducta retardaba su ascenso. Ya se burlaba de las oficinas cuando acababa de hacer un buen negocio, como la publicación de los retratos en el proceso Fualdés, para los cuales tomó figuras al azar, ó las de los debates del proceso de Castaing; ya movido por un deseo de medrar se aplicaba al trabajo, dejándolo después por una

pieza de teatro que no se acababa nunca. Por otra parte, egoísta, avaro y gastador al mismo tiempo, pero gastador para sí únicamente, era agresivo é indiscreto. hacía el mal por el mal, atacaba sobre todo á los débiles, no respetaba nada, no creía en Francia, ni en Dios, ni en el arte, ni en los griegos, ni en los turcos, ni en el Campo de Asilo, ni en la monarquía, é insultaba sobre todo al que no entendía. El fué el primero que puso solideos negros en la cabeza de Carlos X en las monedas de cinco francos. Imitaba al doctor Gall, hasta el punto de hacer desternillar de risa al más serio. La broma principal de este terrible inventor de caricaturas consistía en caldear con exceso las estufas á fin de que cogiesen constipados los que salían sin precauciones, lo cual le procuraba además la satisfacción de consumir la leña del gobierno. Notable en sus bromas, las variaba con tanta habilidad, que siempre hacía caer á alguno. Su gran secreto en este género consistía en adivinar los secretos de cada uno; conocía el camino de todos los castillos en el aire y el sueño en que el hombre es susceptible de ser burlado por la circunstancia de ver con la burla satisfecho algún deseo. Este profundo observador que desplegaba un tacto inaudito para una burla, no sabía en cambio usar de su poder para emplear á los hombres en su fortuna ó en su ascenso. A quien le gustaba más molestar era al joven la Billardiére, su pesadilla, al que, no obstante esto, halagaba constantemente á fin de engañarle mejor; le dirigía cartas de mujer enamorada firmadas, *condesa de M...* ó *marquesa de B...*, y lo llevaba algunos días á la Opera para echarlo en brazos de alguna modistilla, después de haberlo enseñado á todo el mundo. Aliado de Dutocq (á quien consideraba como un burlón serio) en su odio contra Rabourdin y en sus elogios de Baudoyer, se apoyaban mutuamente con amor. Juan Jacobo Bixiou era nieto de un tendero de París. Su padre, que había muerto coronel, lo había dejado á cargo de su abuela, la cual se había casado en segundas nupcias con su primer dependiente llamado Descoings, muriendo en 1826. Hallándose sin profesión al salir del colegio, intentó dedicarse á la pintura, y, á pesar de la amistad que le unía con José Bridau, su amigo de la infancia, había renunciado á ello para dedicarse á la caricatura, á las viñetas, á los dibujos de libros, conocidos veinte años más tarde con el nombre de ilustraciones. La protección de los duques de Maufrigneuse y de Rhétoré, á quienes conoció

por medio de unas bailarinas, le procuró su destino en 1819. En muy buenas relaciones con Lupeaulx, á quien trataba de igual á igual, y con Bruel, á quien tuteaba, ofrecía la prueba palpable de las observaciones de Rabourdin relativas á la destrucción constante de la jerarquía administrativa en París mediante el valor personal que un hombre adquiere fuera de las oficinas. De pequeña estatura, tipo fino, notable por una vaga semejanza con el de Napoleón, labios delgados, barba aplanada, patillas castañas, veintisiete años, rubio, voz chillona, mirada brillante, he aquí á Bixiou. Este hombre, que era todo sentidos y todo espíritu, se perdía por su furor por los placeres de todo género, que le llevaban á una disipación continua. Intrépido conquistador de modistillas, fumador, chocarrero, comedor y *cenador*, se ponía en todas partes al unísono brillando lo mismo en los teatros que en el baile de modistillas y asombrando tanto en una mesa como en una gira de placer. Charlatán á las doce de la noche en la calle ó por la mañana al salir del lecho, si hallaba compañía, aparecía sombrío y triste cuando iba solo, como la mayor parte de los grandes cómicos. Lanzado al mundo de las actrices y de los actores, de los escritores, de los artistas y de ciertas mujeres cuya fortuna es aleatoria, vivía bien, iba al teatro sin pagar, jugaba en Frascati y ganaba con frecuencia. En fin, este artista verdaderamente profundo, pero á intervalos, se balanceaba en la vida como en un balancín sin inquietarse por el momento en que la cuerda se rompiese. Su vivacidad de ingenio y su prodigalidad de ideas contribuían á que fuese solicitado constantemente por las gentes acostumbradas á los destellos de la inteligencia; pero ninguno de sus amigos le quería. Incapaz de retener una buena salida, inmolaba á sus dos compañeros de mesa antes de acabar el primer servicio. A pesar de su alegría superficial, denotaba en sus palabras un secreto disgusto de su posición social, pues aspiraba á algo mejor, y el fatal demonio escondido en su alma le impedía adoptar la seriedad que tanto impone á los necios. Vivía en la calle de Ponthieu, en un segundo piso donde había tres cuartos entregados á todo el desorden del hogar de un soltero. Hablaba á veces de abandonar la Francia y de ir á buscar fortuna á la América. Ninguna maga podía adivinar el porvenir de un joven cuyos talentos eran todos incompletos, que era incapaz de todo trabajo asiduo, que estaba siempre ebrio de placer y que creía que el mundo acababa

siempre al día siguiente. En indumentaria tenía la pretensión de no ser ridículo, y tal vez era el único de todo el ministerio cuyo porte hacía decir: «ese es un empleado». Llevaba botas elegantes, pantalón negro, chaleco de fantasía, bonita levita azul, sombrero de Bandoni y guantes de cabritilla, de color obscuro. Su andar elegante y sencillo á la vez no carecía de gracia. Cuando fué llamado por Lupeaulx á causa de una impertinencia un poco amarga dicha acerca del barón de la Billardiére y aquél le amenazó con la destitución, se contentó con responderle: «Me volverían ustedes á tomar, aunque no fuera más que por el traje». Lupeaulx no pudo menos de reírse. La broma más bonita hecha por Bixiou en las oficinas fué la inventada para Godard, al que ofreció una mariposa traída de la China, mariposa que el subjefe guarda en su colección y enseña aún hoy, sin haberse dado cuenta de que es de papel. Bixiou tuvo la paciencia de hacer una obra maestra para engañar á su subjefe.

El diablo coloca todos los días una víctima al lado de Bixiou. Las oficinas Baudoyer tenían, pues, su víctima, que era un pobre escribiente de veintidós años con mil quinientos francos de sueldo, llamado Augusto Juan Francisco Minard. Minard se había casado por amor con una florista hija de un portero que trabajaba en su casa para la señorita Godard y á quien Minard había visto en la calle de Richelieu en la tienda. Siendo soltera, Celia Lorain había tenido muchos caprichos para salir de su estado. Discípula primero del conservatorio y bailarina, cantante y actriz sucesivamente, había pensado en hacer como hacen muchas obreras; pero el miedo á perderse y á caer en una espantosa miseria le había preservado del vicio. Flotaba entre mil partidos, cuando se le presentó Minard con una proposición de casamiento en la mano. Celia ganaba quinientos francos al año y Minard tenía mil quinientos. Creyendo poder vivir con dos mil francos, Minard se casó sin contrato con la mayor economía. Minard y Celia habían ido á vivir á la barrera de Courcelles como dos tortolillos, en una habitación de cien escudos de alquiler en el tercer piso, con cortinas blancas de algodón en las ventanas, paredes empapeladas con papel escocés barato, pavimento limpio, muebles de nogal y cocina muy limpia; había primero una pieza donde Celia hacía las flores y después un salón amueblado con sillas de paja, una mesa redonda en el centro, un espejo, un reloj representando una fuente y lám-

paras doradas envueltas en gasa; finalmente, un dormitorio blanco y azul con cama, cómoda y secreter de caoba, alfombras al pie del lecho, seis sofás y cuatro sillas: en un rincón la cuna de cerezo, donde dormían un niño y una niña. Celia criaba ella misma á sus hijos, cocinaba y arreglaba la casa y hacía flores. Había algo de conmovedor en aquella feliz y laboriosa mediocridad. Al sentirse amada por Minard, Celia le amó sinceramente. El amor atrae el amor, que es el *abyssus abyssum* de la Biblia. Aquel pobre muchacho dejaba la cama por la mañana mientras que su mujer dormía, é iba á hacer la compra. Llevaba las flores terminadas cuando iba á la oficina y al volver compraba las primeras materias; después, mientras esperaba la comida, pegaba ó cortaba las hojas, guarnecía los tallos y desleía los colores. Pequeño, delgado, finito, nervioso, con cabellos rojos, ojos amarillo-claros, tez de deslumbradora blancura, pero plagado de pecas, tenía un valor sordo y sin apariencias, y poseía la ciencia de la caligrafía en el mismo grado que Vimeux. En la oficina se mantenía quieto, hacía su trabajo y guardaba la actitud de un hombre sombrío y soñador. Sus pestañas blancas y sus pocas cejas habían hecho que Bixiou le apodase con el nombre del *conejo blanco*. Minard, aquel Rabourdin de esfera inferior, dominado por el deseo de poner á su Celia en situación feliz, buscaba en el océano de las necesidades del lujo y de la industria parisiense una idea, un descubrimiento, un perfeccionamiento que le procurase una rápida fortuna. Su aparente estupidez era producida por la tensión continua de su espíritu; iba de la *Doble pasta de las sultanas* al *Aceite cefálico*, de los eslabones fosfóricos al gas portátil, de los zócalos articulados á las lámparas hidrostáticas, abrazando así lo *infinitamente pequeño* de la civilización material. Soportaba las bromas de Bixiou como soporta un hombre atareado los zumbidos de un insecto sin impacientarse siquiera. A pesar de su talento, Bixiou no adivinaba el profundo desprecio que Minard sentía por él. Minard se preocupaba poco por una disputa en la que no veía más que una pérdida de tiempo; así es que había acabado por cansar á su perseguidor. Iba á la oficina vestido muy sencillamente: conservaba el pantalón de cutí hasta Octubre, llevaba zapatos y polainas, chaleco de piel de cabra y casaca de castorina en invierno y de merino en verano, con sombrero de paja ó de seda de once francos, según las estaciones; pues su gloria era su Celia, y era capaz

de pasarse sin comer por comprarle un vestido. Almorzaba con su mujer y no comía nada en la oficina. Una vez al mes llevaba á Celia al teatro con una entrada que le daba Bruel ó Bixiou, pues Bixiou hacía de todo, hasta el bien. La madre de Celia dejaba entonces su portería é iba á cuidar los niños. Minard había reemplazado á Vimeux en la oficina de Baudoyer. Los señores Minard devolvían en persona sus visitas el día de Año nuevo. Al verles, la gente se preguntaba cómo hacía la mujer de un pobre empleado con mil quinientos francos para vestir á su marido con traje negro y llevar ella sombrero de paja de Italia con flores, batas de muselina bordada, abrigos de seda, zapatos de charol, magníficas mantelitas, sombrilla china, é ir en coche y permanecer virtuosa; mientras que la señora Colleville ó tal otra *dama* apenas podían llegar á fin de mes teniendo dos mil cuatrocientos francos.

En cada una de aquellas oficinas había un empleado amigo de otro, hasta el punto de hacer su amistad ridícula, pues en las oficinas la gente se ríe de todo. El de la oficina Baudoyer, llamado Colleville, era allí oficial principal, y, á no ser por la restauración, sería jefe ó subjefe hacía ya mucho tiempo. Tenía en la señora Colleville una mujer tan superior en su género, como lo era la señora Rabourdin en el suyo. Colleville, hijo de un primer violín de la Opera, se había enamorado de la hija de una célebre bailarina. Flavia Minorét, una de esas hábiles y encantadoras parisienses que saben hacer felices á sus maridos sin perder por eso su libertad, había convertido la casa de su marido en el punto de reunión de los mejores artistas y de los oradores de la cámara. En su casa apenas se sabía el humilde destino desempeñado por Colleville. La conducta de Flavia, mujer un tanto sobrado fecunda, daba tanto pasto á la maledicencia, que la señora Rabourdin no había querido aceptar ninguna de sus invitaciones. El amigo de Colleville, llamado Thuiller, ocupaba en la oficina Rabourdin un destino enteramente igual al de Colleville y se había visto postergado en su carrera administrativa por los mismos motivos que éste. Quien conocía á Colleville conocía á Thuiller y viceversa. Su amistad, nacida en la oficina, provenía de la coincidencia de sus comienzos en la carrera administrativa. Según se decía en las oficinas, la bonita señora de Colleville había aceptado los cuidados de Thuiller, á quien su mujer dejaba sin sucesión.

Thuiller, llamado el guapo Thuiller, hacía una vida tan ociosa como laboriosa era la de Colleville. Colleville, primer clarinete de la Opera y tenedor de libros por la mañana, trabajaba como un negro para educar á su familia, á pesar de que no le faltaban protecciones. Se le consideraba hombre astuto, tanto más cuanto que ocultaba su ambición bajo una especie de indiferencia. Contento aparentemente con su suerte y amante del trabajo, encontraba á todo el mundo, hasta á sus jefes, dispuestos á proteger su valerosa existencia. Hacía algunos días solamente que la señora de Colleville había reformado la marcha de su casa y parecía inclinarse á la devoción, de suerte que se susurraba en las oficinas que la buena mujer pensaba buscar en la congregación un punto de apoyo más seguro que el famoso orador Francisco Keller, uno de sus más constantes adoradores, cuya influencia no había bastado hasta entonces para lograrle un ascenso á Colleville. Flavia se había dirigido, y este fué uno de sus errores, á Lupeaulx. Colleville tenía la manía de buscar el horóscopo de los hombres célebres en el anagrama de sus nombres, y pasaba meses enteros descomponiendo nombres y componiéndolos á fin de hallar el sentido. *Un corse la finira* hallado en *revolution française. Vierge de son mari en Marie de Vignerot*, sobrina del cardenal Richelieu. *Henrici mei casta dea* en *Chatarina de Medicis. Eh c'est large nez* en *Charles Genest*, el abate de la corte de Luis XIV, tan conocido por su enorme nariz que divertía al duque de Borgoña; en fin, todos los anagramas conocidos habían maravillado á Colleville. Erigiendo el anagrama en ciencia, Colleville auguraba que la suerte de todo hombre estaba escrita en la frase que resultaba de su nombre, apellidos y cualidades. Desde el advenimiento de Carlos X, se ocupaba del anagrama del rey. Thuiller, que soltaba á veces algunos *calembours*, decía que el anagrama era un *calembour* en letras. Colleville, hombre lleno de corazón, unido casi indisolublemente á Thuiller, modelo del egoísta, resultaba un problema insoluble, problema que muchos empleados de la división se explicaban con estas palabras: «Thuiller es rico y la familia Colleville es numerosa». En efecto, Thuiller tenía fama de unir á los emolumentos de su destino los beneficios de su descuento; iban frecuentemente á buscarlo para hablar á negociantes con los cuales tenía conferencias de algunos minutos en el patio, pero por cuenta de la señorita Thuiller, su hermana.

Esta amistad consolidada por el tiempo, estaba basada en sentimientos y en hechos bastante naturales que se relatarán en otra parte (véase los *Pequeños burgueses*) y que formarían aquí lo que los críticos llaman interrupciones. Tal vez no es inútil advertir, sin embargo, aquí, que si se conocía mucho á la señora Colleville en las oficinas, se ignoraba casi la existencia de la señora Thuiller. Colleville, el hombre activo y cargado de hijos, estaba gordo, contento; mientras que Thuiller, el *guapo del Imperio*, sin preocupaciones aparentes, ocioso, de talle esbelto, ofrecía á las miradas un rostro lívido y casi melancólico. «Nosotros no sabemos si nuestras amistades nacen más bien de los contrastes que de las semejanzas», decía Rabourdin hablando de estos dos empleados.

Al contrario de estos dos hermanos siameses, Chazelle y Paulmier eran dos empleados que estaban siempre en guerra; el uno fumaba y el otro tomaba rapé, y ambos disputaban sin cesar acerca de quien practicaba el mejor modo de absorber el tabaco. Un defecto que les era común y contribuía á hacerles cargantes, tanto al uno como al otro, consistía en discutir con motivo de los valores mobiliarios, de los guisantes, de las ropas, del paraguas, sombreros, bastones y guantes de sus colegas. Alababan á porfía los nuevos descubrimientos sin participar nunca de ellos. Chazelle coleccionaba prospectos de librería y carteles litográficos. Paulmier, el colega de Chazelle en charlatanería, pasaba el tiempo diciendo que si él tuviese tal ó cual fortuna se compraría tal ó cual cosa. Una vez, Paulmier fué á casa del famoso Dauriat para felicitarle por haber llevado el arte á producir libros satinados con tapas impresas, animándole á perseverar en su vida de mejoras, ¡y Paulmier no tenía ni un libro! El hogar de Chazelle, tiranizado por su mujer, aunque él intentase parecer independiente, era causa de eternas bromas para Paulmier; mientras que Paulmier, soltero, ofrecía á Chazelle un manantial profundo con sus trajes raídos y su indigencia oculta. Chazelle y Paulmier tenían panza; la de Chazelle redonda, pequeña y puntiaguda, tenía, según una frase de Bixiou, la impertinencia de ir siempre adelante; la de Paulmier flotaba de derecha á izquierda; Bixiou se las hacía medir aproximadamente una vez cada trimestre. Ambos frisaban entre los treinta y los cuarenta años, y ambos bastante necios para no hacer ningún trabajo fuera de su oficina, ofrecían el tipo de empleado de pura sangre, alelado

con los papelotes y con la habitación de las oficinas. Chazelle se dormía á veces trabajando, y la pluma, que no abandonaba nunca, iba marcando con puntitos sus aspiraciones. Entonces Paulmier atribuía aquel sueño á exigencias conyugales. Respondiendo á esta broma, Chazelle acusaba á Paulmier de que tomaba medicinas cuatro meses de los doce del año y le decía que moriría en brazos de alguna modistilla. Paulmier contestaba entonces que Chazelle indicaba en un almanaque los días en que la señora Chazelle lo encontraba amable. Estos dos empleados, á fuerza de lavarse la ropa sucia apostrofándose con motivo de los más insignificantes detalles de su vida privada, habían logrado obtener la desconsideración que merecían. «¿Me toma usted por Chazelle?» era una frase que servía para dar por terminada toda discusión enojosa.

El señor Poiret joven, para distinguirlo de su hermano, Poiret el mayor, retirado en la casa Vauquer, adonde Poiret joven iba á veces á comer, se proponía acabar allí sus días y llevaba treinta años de servicios. La naturaleza no es tan invariable en sus revoluciones como lo era el pobre hombre en los actos de su vida; ponía siempre sus cosas en el mismo lugar, colocaba su pluma en el mismo sitio, se sentaba en su sitio á la misma hora y se calentaba en la estufa al mismo minuto, pues su sola vanidad consistía en llevar un reloj infalible, aunque tenía que ponerlo todos los días por el del Hotel de la Villa, por donde pasaba á diario para ir á su casa de la calle del Martroi. De seis á ocho de la mañana llevaba los libros de una gran casa de novedades de la calle de San Antonio, y de seis á ocho de la tarde los de la casa Camusot, en la calle de los Bourdonnais. De este modo, con el sueldo de su destino, ganaba mil escudos. Alcanzando al cabo de pocos meses el tiempo necesario para tener retiro, mostraba una gran indiferencia por las intrigas de las oficinas. Semejante á su hermano, para quien el retiro había sido un golpe fatal, sin duda él también adelgazaría mucho cuando no tuviese que ir ya de la calle del Martroi al ministerio á sentarse en su silla y á resolver expedientes. Encargado de hacer la colección del periódico á que estaba abonada la oficina y la del *Monitor*, tenía fanatismo por esta colección. Si algún empleado perdía un número ó se lo llevaba y no volvía á traerlo, Poiret joven se creía autorizado para salir, se trasladaba inmediatamente á la redacción del periódico, recla-



maba el número que faltaba y volvía entusiasmado de la cortesía de los periodistas. Siempre tenía que habérselas con algún muchacho fino, siendo para él los periodistas la gente más amable del mundo. Hombre de mediana estatura, Poirret tenía ojos medio apagados, mirada débil y sin color, tez curtida, arrugada, de tonos grises y salpicada de granitos azulados, nariz chata y boca hundida en la que se veían algunos dientes cariados. Por eso Thuiller decía que por mucho que Poirret se mirase al espejo, nunca se veía *dedans (de dents)* (1). Sus brazos delgados y largos terminaban en enormes manos morenas. Sus cabellos grises, pegados por la presión del sombrero, le daban el aspecto de un eclesiástico, semejanza poco halagüeña para él, pues odiaba á los sacerdotes y al clero, sin poder explicar sus ideas religiosas. Esta antipatía no le impedía ser extraordinariamente adicto al gobierno, fuese éste cual fuese. No se abrochaba nunca su vieja casaca verdosa, ni aun cuando el frío era más intenso, y llevaba zapatos de cordones y pantalón negro. Se proveía de todo lo necesario en las mismas casas hacía ya tres años. Cuando murió su sastre, pidió permiso en la oficina para ir á su entierro y le estrechó la mano al hijo en la fosa del padre, asegurándole su clientela. Amigo de todos sus proveedores, se informaba de sus asuntos, de sus negocios, hablaba con ellos, escuchaba sus quejas y les pagaba al contado. Si escribía á alguno de *estos señores* para ordenarles algún cambio en el encargo, empleaba las fórmulas más cortesés, fechaba la carta y hacía un borrador de ella, guardándola en una carpeta en la cual había puesto: *Mi correspondencia*. Ninguna vida era más metódica que la suya: Poirret poseía todas las facturas pagadas, todos los recibos, por pequeños que fuesen, y sus libros del gasto anual envueltos en sobres y por años, desde su entrada en el ministerio. Comía en la misma fonda y en la misma silla por abono, y los mozos le guardaban el asiento. Como que en el *Cocon d'Or* no daban más allá de cinco minutos de retraso, á las ocho y media Poirret llegaba al café David, el más célebre del barrio, y permanecía allí hasta las once. Iba allí como á la fonda hacía treinta años, y tomaba té con leche á las diez y media. Escuchaba allí las discusiones políticas con los brazos cruza-

(1) El equívoco que resulta de estas voces podrá ser comprendido por los que conocen el francés.

dos sobre su bastón y la barba apoyada en su mano derecha, sin meterse nunca en ellas para nada. La señora del mostrador, única mujer con quien hablaba á gusto, era la confidente de los pequeños accidentes de su vida, pues se ponía siempre en la mesa situada cerca del mostrador. Jugaba al dominó, único juego que hubiese comprendido. Cuando sus compañeros no iban, se le encontraba á veces con la espalda apoyada en el arriadero con un periódico en la mano. Se interesaba por todo lo que se hacía en París, y consagraba los domingos á inspeccionar las construcciones nuevas. Interrogaba generalmente al encargado de impedir que el público entrase en el cercado de las obras y se inquietaba cuando las edificaciones sufrían retrasos por falta de material ó de dinero ó por cualquiera otra dificultad con que tropezase el arquitecto. Se le oía decir á veces: «He visto salir el Louvre de sus escombros y he visto nacer la Plaza del Châtelet, el muelle de los Eleurs y los mercados». Él y su hermano, nacidos en Troyes, habían sido enviados á París á estudiar en las oficinas. Su madre se hizo notar por un desastre desastroso, pues los dos hermanos tuvieron la pena de saber que moría en el hospital de Troyes, á pesar de los numerosos envíos de fondos que le habían hecho. Entonces, no sólo juraron uno y otro no casarse nunca, sino que tomaron horror á los niños, á los cuales les temían más que á los locos porque les molestaban, y les examinaban con ojos de espanto. Uno y otro habían reventado de trabajo en tiempo de Roberto Lindet, época en que la administración no obró justamente con ellos; bien es verdad que se consideraban felices habiendo conservado la cabeza y sólo se quejaban entre sí de esta ingratitud, pues habían *organizado el maximum*. Cuando se le dió á Phellion la broma de que Rabourdin reformase su famosa frase, Poirret llamó á Phellion aparte en el pasillo, al salir, y le dijo: «Señor, créame usted que me he opuesto con todas mis fuerzas á que se hiciese tal cosa». Desde su llegada á París no había salido nunca de la villa. Desde entonces había empezado un diario de su vida, donde señalaba los acontecimientos más salientes del día; Bruel le había hecho saber que lord Byron hacía lo mismo. Esta semejanza colmó á Poirret de alegría y le movió á comprar las obras de lord Byron, traducción de Chastopalli, en la cual no comprendió nada absolutamente. Se le sorprendía á veces en la oficina en una postura melancólica cual se pensase pro-

fundamente, y en realidad no pensaba en nada. No conocía á ninguno de los inquilinos de su casa y llevaba siempre encima la llave de su domicilio. El día de Año nuevo llevaba las tarjetas en persona á casa de todos los empleados de la división y no hacía nunca visitas. Bixiou tuvo la ocurrencia en un día de canícula de untar con manteca de cerdo el interior de un sombrero viejo que Poiret joven (tenía cincuenta y dos años) conservaba hacía ya nueve años. Bixiou, que no había visto nunca más que aquel sombrero en la cabeza de Poiret, soñaba con él, lo veía al comer, y en beneficio de sus propias digestiones había resuelto desembarazar á las oficinas de aquel inmundo sombrero. Poiret joven salió á eso de las cuatro. Al internarse por las calles de París, donde los rayos del sol reflejados por las aceras y las paredes producen calores tropicales, sintió su cabeza inundada, él que no sudaba casi nunca. Creyéndose desde aquel momento enfermo ó á punto de estarlo, en lugar de ir á su fonda, volvió á su casa, sacó de su secreter el dietario de su vida y consignó el hecho de la manera siguiente:

*Hoy, 3 de julio de 1823, sorprendido por un sudor extraño, anunciador tal vez de la fiebre miliar, enfermedad propia de Champana, me dispongo á consultar al doctor Haudry. La invasión del mal ha empezado en el muelle de la Escuela.*

De pronto, como se hubiese quitado el sombrero, notó que el pretendido sudor provenía de una causa independiente de su persona. Se enjugó el rostro, examinó el sombrero, pero no pudo descubrir nada, porque no se atrevió á descoser el forro. Anotó, pues, esto en su diario:

*Llevado el sombrero á casa del señor Tournan, sombrero de la calle de San Martín, por sospechar que proviene de otra causa este sudor, el cual no sería ya entonces sudor, sino efecto de una adición cualquiera nueva ó recientemente hecha al sombrero.*

El señor Tournan notificó casi en el acto á su cliente la presencia de un cuerpo graso obtenido por la destilación de un cerdo ó de una cerda. Al día siguiente, Poiret llevó un sombrero prestado por el señor Tournan mientras esperaba el nuevo; pero no se había acostado sin añadir esta frase á su

diario: *Está comprobado que mi sombrero contenía manteca ó grasa de cerdo.* Este hecho inexplicable ocupó más de quince días la inteligencia de Poiret, el cual no supo nunca como podía haberse producido este fenómeno. Se le habló en la oficina de las lluvias de sapos y de otras aventuras caniculares, y de mil extravagancias de historia natural. Vimeux le dijo que un día su sombrero le había desteñado sobre la cara una substancia negra y que los sombrereros vendían drogas. Poiret fué varias veces á casa del señor Tournan á fin de cerciorarse de sus procedimientos de fabricación.

Había además en la oficina Rabourdin un empleado que se le echaba de valiente, que profesaba ideas avanzadas, y que se sublevaba contra las tiranías de Baudoyer con motivo de los desgraciados esclavos de aquella oficina. Este muchacho, llamado Fleury, estaba suscrito atrevidamente á un periódico de oposición, llevaba un sombrero gris de alas anchas, bandas rojas en sus pantalones azules, chaleco azul con botones dorados y una casaca cruzada como la de un sargento de gendarmes. Aunque inquebrantable en sus principios continuaba empleado en las oficinas, pero predecía un fatal portvenir al gobierno si persistía en entregarse á la religión. Confesaba sus simpatías por Napoleón desde que la muerte del gran hombre hacía caer en desuso las leyes contra los partidarios del usurpador. Fleury, ex capitán de un regimiento en tiempo del emperador; alto, moreno, era acomodador en el circo olímpico. Bixiou no se había permitido nunca hacer una caricatura acerca de Fleury porque este rudo veterano, que tiraba muy bien la pistola y el sable, parecía capaz de cualquier brutalidad en casos dados. Apasionado suscriptor de las *Victorias y Conquistas*, Fleury se negaba á pagar á veces, á pesar de no devolver las entregas, fundándose en que éstas excedían del número anunciado en los prospectos. Adoraba al señor Rabourdin, que había evitado que le destituyesen, y se le había escapado decir que si alguna vez le ocurría algo malo al señor Rabourdin por culpa de alguno, lo mataría. Dutocq temía tanto á Fleury, que le adulaba rastreramente. Fleury plagado de deudas, hacía toda clase de picardías á sus acreedores. Experto en legislación no firmaba nunca letras de cambio y él mismo había presentado protestas cuando trataban de embargarle la paga, negando las deudas que le reclamaban. Liado muy

íntimamente con una corista de la Porte-Saint-Martin, en casa de la cual tenía los muebles, jugaba con suerte al ecarté, y constituía el encanto de las reuniones por su talento: se bebía un vaso de vino de champagne de un trago sin mojarse los labios y se sabía de memoria todas las canciones de Beranger, mostrándose orgulloso de su voz llena y sonora. Sus tres grandes hombres eran Napoleón, Bolívar y Beranger. Foy, Laffitte y Casimiro de la Bigne, sólo contaban con su estimación. Ya habréis adivinado que como hombre meridional debía acabar por ser editor responsable de algún periódico liberal.

Desroys, el hombre misterioso de la división, no se trataba con nadie; hablaba poco y ocultaba tan bien su vida, que se ignoraba su domicilio, sus protectores y sus medios de existencia. Buscando las causas de aquel silencio, los unos tomaron á Desroys por un carbonario y los otros por un orleanista; éstos por un espía, aquéllos por un hombre profundo. Desroys era sencillamente hijo de un convencional que no había votado la muerte. Frio y discreto por temperamento, había juzgado ya al mundo y no contaba más que consigo mismo. Republicano en secreto, admirador de Pablo Luis Courier, amigo de Miguel Chrestien, esperaba del tiempo y de la república el triunfo de sus opiniones en Europa; así es que soñaba con la joven Alemania y la joven Italia. Su corazón se henchía de ese estúpido amor colectivo que es preciso llamar *humanitarismo*, hijo primogénito de la difunta filantropía y que es á la divina caridad católica lo que el sistema es al arte, el razonamiento substituído por la obra. Este concienzudo puritano de la libertad, este apóstol de una imposible igualdad, lamentaba que la miseria le obligase á servir al gobierno y daba continuamente pasos para entrar en alguna administración de diligencias. Alto, seco, fibroso y grave como hombre que se creía algún día llamado á dar su cabeza por la gran obra, vivía de una página de Volney, estudiaba á Saint-Just y se ocupaba de una rehabilitación de Robespierre considerado como el continuador de Jesucristo.

El último de aquellos personajes que merece un pequeño examen es el pequeño la Billardiére. Habiendo perdido por desgracia á su madre, protegido por el ministro, exento de los sofiones de Baudoyer, recibido en todos los salones ministeriales, era odiado por todo el mundo, á causa de su impertinencia y de su fatuidad. Los jefes se mostraban con

él cortesés; pero los empleados le habían desterrado de su compañía mediante una cortesía grotesca inventada por él. Guapetón de veintidós años, alto y delgado, con aires de inglés, rebajando á las oficinas con su indumentaria de petimetre, perfumado, rizado, enguantado, con sombreros siempre nuevos y con monóculo, Benjamin de la Billardiére poseía una estupidez encubierta con modales hijos de la imitación, se creía guapo y tenía todos los vicios de la alta sociedad sin tener sus gracias. Seguro de llegar á ser *algo*, pensaba en escribir un libro para tener la cruz como literato é imputarla á sus talentos administrativos. Mimaba, pues, á Bixiou con la intención de explotarle, pero sin que se hubiese atrevido aún á manifestarle su proyecto. Este noble corazón esperaba con impaciencia la muerte de su padre, para heredar un título de barón recientemente concedido; ponía en sus tarjetas *el caballero de la Billardiére* y había expuesto en su gabinete su escudo de armas «*corona de azur con tres estrellas y dos espadas en forma de aspa en fondo sable con esta divisa: POR SIEMPRE FIEL.*» Teniendo la manía de hablar de arte heráldico, había preguntado al joven vizconde de Portenduère por qué estaban tan cargadas sus armas, dando lugar á que éste le contestase: «Yo no me las he mandado hacer». Hablaba de su adhesión á la monarquía y de las bondades de la Delfina para con él. En muy buenas relaciones con Lupeaulx, le creía amigo suyo y almorzaba con él frecuentemente. Bixiou, que le hacía de Mentor, esperaba desembarazar á las oficinas y á Francia de este joven fatuo entregándole á la crápula, y confesaba en voz alta éste su proyecto.

Tales eran las principales variantes de las oficinas la Billardiére, donde había aún algunos otros empleados cuyas costumbres y caras se parecían más ó menos á éstas. Había en las oficinas Baudoyer empleados de cabeza calva, frioleros, cargados de franelas, albergados en quintos pisos donde cultivaban flores, con bastones de espino, viejos trajes raídos y paraguas permanentes. Estas gentes, que fluctúan entre los porteros felices y los obreros desgraciados, están demasiado distantes de los centros administrativos para pensar en un ascenso cualquiera y representan por lo tanto los peones del tablero administrativo. Contentos de estar de guardia para no ir á la oficina, capaces de todo por una gratificación, su existencia es un problema para los mismos que los emplean